

¡900.000
cabezas!

«Guerra á Dios!

—Hagamos saltar la

bóveda celeste, co-

mo si fuera un te-

cho de papel.»

(CONGRESO DE
ESTUDIANTES
DE LIEJA.)

«La propiedad es

un robo.»

(PROUDHON.)

«Nivelación so-

cial, completa y ab-

soluta.»

(CUALQUIER DES-

CAMISADO.)



LOS DESCAMISADOS.

ORGANO DE LAS ULTIMAS CAPAS SOCIALES.

ADMINISTRACION.

Calle de Fuencarral, núm. 43, duplicado.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

PRECIOS.

Una mano... 6 reales.
Número suelto... 4 cuartos.

PRIMER NÚMERO, PRIMERA DENUNCIA.

Nuestro número primero ha sido denuncia-
do y secuestrados (término elegante) los ejem-
plares que componían la segunda tirada que
tuvimos que hacer, en vista de la aceptación
con que fué recibido nuestro modesto pe-
riódico.

Diez y siete mil ejemplares no han bastado
á satisfacer la afección con que nuestros herma-
nos de Madrid buscaban nuestra publicación,
viendonos en la imposibilidad de servir los
enormes pedidos que de todos los puntos de
España y de muchos del extranjero se nos ha-
bían hecho.

El Gobierno de la República, á quien debe-
mos nuestra primera denuncia, lo forman los
siguientes *diputados de la antigua minoría fe-*
deral:

Ciudadanos Figueras.

Pi y Margall.

Castelar.

Tutau.

Chao.

Salmeron.

Sorni.

Esos son, recordad bien; ellos, los defenso-
res del pueblo, como se decían; los paladines
de la libertad de imprenta; los sostenedores de
los derechos individuales ilimitados é elegis-
tables; ellos, los inspiradores de *El Combate*.
¡Qué vergüenza!

Indudablemente en las altas esferas, á
donde nunca hemos podido llegar ni aun con
la vista, debe reinar, á la manera que en el gi-
gantesco pico del Himalaya, una atmósfera
particular, algo que influya en el organismo
y en el modo de ser del individuo. La región
de las nieves perpétuas, esa región en que los
sentidos se desvanecen, la respiración se hace
difícil y se anda de una manera penosa y va-
cilante, concluyendo por caer en el abismo,

trastornado por el vértigo que la altura produ-
ce, esa región no existe solo en el mundo físi-
co, se halla también en la esfera social, y en
ella se encuentran los que ayer conspirando y
luchando, ayudados por nosotros, los descami-
sados, han logrado llegar á esa cima que se
llama *poder* y desde la cual nos apellidan hoy
plebe inmunda, canalla vil, lepra social.

O el poder produce el trastorno de la razón
ó hay que confesar que la inmoralidad es la
ley de esta sociedad decrepita.

O locos ó traidores. Elegid.

¿En qué os diferenciáis de los sicarios del
último extranjero? Razon teníamos al decir
que *todos los gobiernos eran peores*.

Con vuestra falsa palabrería habéis abusa-
do de la sencillez de nuestros hermanos. Nos
habéis llamado al combate y á cientos han
caído los pobres descamisados; nos habéis
mandado esperar y contener nuestro deseo de
venganza, y hemos esperado y hemos arro-
strado nuestra miseria sin lanzar una protesta,
que pudiera descomponer vuestros arteros y
cobardes planes.

Ya estais en el poder. ¿Y cómo pagais
nuestros sacrificios?

No os pedimos empleos ni distinciones, pe-
dimos pan, pedimos justicia, pedimos lo que
es nuestro, como lo son el aire y la luz; pedi-
mos la tierra que dió á todos los hombres la
naturaleza, pedimos todos nuestros derechos,
sin los cuales, como vosotros deciais, no exis-
te la personalidad humana.

También ansiamos venganza, y una ven-
ganza terrible, lo confesamos; pero es porque
cuando al hombre se le veja y se le escarnece
y se le niegan los derechos, debe reivindicar-
los de cualquier manera que sea, y de aquí el
derecho de insurrección que vosotros mismos
habéis consagrado.

¿Y por qué os asustais? ¿No teneis en Go-
bernación al Proudhon español, al discípulo
de aquel que sostuvo que la *propiedad es un*

robo? ¿No es vuestro amigo y consejero nues-
tro valiente hermano Rubau Donadeu, que con
toda la franqueza de su carácter y toda la luci-
dez de su ingenio sentó como principio la des-
trucción de la familia, opinando que al ciuda-
dano solo se le distinga *por un número*?

Y por fin, ¿no recordais el aplauso con que
oísteis el filosófico discurso del profundo Su-
ñer y Capdevila probando la no existencia de
Dios y atacando la preocupacion de ciertas
gentes que aún creen en el siglo XIX en la vir-
ginidad de María y en otras farsas semejantes?

No nos arredramos. Perseguidnos, que no
nos hareis callar; y de todas maneras nunca
está más próxima la explosión que cuando se
cierran las válvulas al vapor.

Lo dicho, dicho está: ¡Guerra á la propie-
dad! ¡Guerra á la familia! ¡Guerra á Dios!

EL PRESIDARIO.

Hoy rompo mis cadenas en pedazos
Como endeble cabellos,
Y tiendo al mundo mis nervudos brazos
Para asfixiarle en ellos.
Quiero cantar al son de mis cadenas
Mis odios y mis penas;
Cantar con ronco acento
El ¡ay! desgarrador de mi tormento!

¿Mírame sociedad! ¿Qué hay en mi rostro?
¿Qué horrible maldición llevo grabada
En mi semblante, que sin tregua arrostró
El espanto que expresa tu mirada?
¿Acaso recibí como un legado
El crimen que te aterra?
¿No es absurdo en la tierra
Que exista un desterrado?
¿Soy una fiera yo? ¿Por qué inhumanos
Escarnecen mi nombre?
Y si he nacido un hombre,
¿Por qué no son los hombres mis hermanos?
De mi maldad te asombras
Y por fiera me arrojas de tu seno;
Dame luz y no sombras,
Y enséñame á ser bueno.

Fraternidad

universal.

«DECRETO IDEAL.

—Artículo único.—

—Ya no hay nada.

—Nadie está encar-

gado de la ejecución

de este decreto.

COMMUNE DE PA-

ris.)

«Amor libre!»

(CIUDADANA GUL-

LEBRINA.)

«Bienaventura-

dos los que padecen

persecución por la

justicia.

(JESUS, sermón

de la montaña.)

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

Mas no soy yo el malvado,
Soy la víctima solo, el desdichado
Fruto muy digno de tu sár mezquino:
¡Tuya es la enormidad de mi destino!

¡Injusta al fin!... De mi maldad te quejas
Y con muros y rejas
Del resto de los vivos me separas
Y al lobo carnívor me comparas!
¿Por qué cruel conmigo?
Soy acaso entre todos mis hermanos
Tu peor enemigo?
Si de sangre mis manos
Teñí más de una vez, sediento de ella,
Si he sembrado mi huella
De espantosos delitos,
Errores infinitos
Me arrojaron al mal endurecido
Y el terror en tu seno he aprendido.

Digo... si son errores
Esos que al practicarlos los señores
Quedan impunes, y tan solo alcanza
A mí, el descamisado, la venganza.

Yo bien sé que hay millares de ladrones
Que en el mundo son libres, respetados,
Que viven rodeados
De buena fama y fausto y atenciones.
Que desde el Padre Santo,
Que maneja la hijuela
De San Pedro y su abuela,
En la que afana un respetable tanto,
Hasta el más ruin tendero
Que despacha un comino,
Todos roban dinero;
Y pasa por cumplido caballero
El que pone en robarle mayor tino.

Que no solo matando se asesina;
Que hay asesinos de brutal fiera
Y el mundo les inclina la cabeza,
Y hasta la ley se inclina.
Que no hay crimen alguno
Que no tenga en el mundo cien factores
Encumbrados señores,
Mientras le paga encadenado uno.
Que la justicia solo
Se ensaña en el más tonto,
Y no llega el tormento
Al que practica el crimen con talento.

¡Temblad, jueces, canalla!
Atásteis á mi cuerpo una cadena
Por tomar un copon y una patena;
¡Miserable quincalla!
Y yo, juez, ¿qué cadena os ataría
Por haberme robado
La libertad que es mía,
El aire que en prisiones me ha faltado
Y hasta la luz del día?
¡Temblad, temblad! Muy luego
Más no atará mis brazos;
Entre escombros y fuego
Herirá vuestro rostro hecho pedazos.

Ya mi puñal afilo,
Cruel venganza el corazón me grita,
Y mi alma se agita
Como el mar intranquilo.
¡Ya se conmueve el mundo! Mis hermanos
Millones de homicidas,
Con teas encendidas
Y ensangrentadas manos,
Y rostros sucios y conciencias negras,
Estúpidos, protervos,
Cual bandada de cuervos,
Murciélagos y suegras,
Cien legiones de horribles presidiarios,
Con ojos incendiarios,
Arrastrando cadalsos y cadenas,
Y con las manos llenas
De sentencias de muerte,
Se lanzarán sobre él con fiero intento.
¡Ah, cuánto me divierte!
¡Que dicha! ¡Qué contento!
Deja, deja que cante;
Mi voz enronquecida no te espante,
Que es mi rencor profundo.
Quiero cantar la destrucción del mundo.

LA FAMILIA.

Para edificar el gran templo de la *Comunidad*, y de la *nivelación absoluta*, es necesario

la destrucción de los lazos de la sangre, de la misma manera que para el desenvolvimiento de las grandes reformas sociales, es preciso romper las envenenadas ligaduras con que viene sujetándose la humana inteligencia.

Nada hay que pueda oponerse en primer término á la realización de tan bello ideal como la institución de la familia; nada tan perjudicial como la existencia de esos mezquinos círculos en donde se desarrolla la ambición, crecen las pasiones y el egoísmo se despierta; nada más pobre que ver convertida la humanidad en pequeñas agrupaciones; nada más repugnante y ofensivo que hablar de las mentidas delicias del hogar doméstico.

Los hombres tienen un hogar común en el mundo que es la tierra, así como los peces tienen el agua y las aves la atmósfera.

La familia estableció las clases, produjo los privilegios, desarrolló la envidia y fué el origen del repartimiento de la tierra que la naturaleza creara para todos los seres, y cuyos frutos son de todos y para todos. Se instituye por medio de la *grotesca ceremonia del matrimonio indisoluble*, acto el más tiránico con que se condena al individuo; sogá que ata y deprime los límites de la vida libre; arma asquerosa de que se valen los sayones del Código político, llamado religión, para ocultar sus infames torpezas y explotar la credulidad de los tímidos y de los tontos.

Trabajar en provecho propio es el fin de la familia. Cada una de estas miserables agrupaciones se revuelve en el fango de la codicia y de la usura para alcanzar mayor predominio y reducir á sus semejantes á la miserable condición de esclavos, haciendo con ellos el más vergonzoso de los comercios.

Y no son los vicios que ligeramente dejamos apuntados los esenciales de que adolece la existencia de la familia. No; ved el matrimonio: contempladle con espíritu sereno y alejados de esas vulgares y estúpidas preocupaciones. ¿Qué encontráis en esa unión eterna?

En primer término la *esposa* que os sujeta, la mujer á quien os impone una raquítica sociedad; después la obligación de mantener la prole y de subvenir á sus cuantiosas necesidades.

Proclamemos la *promiscuidad*, que ella nos reportará el engrandecimiento de la reproducción y con el cruzamiento de las razas nuestras venideras sociedades tendrán esforzados varones. Inspiremos á los sexos el sentimiento del desprecio á todo cuanto pueda empequeñecernos.

Proscribamos, como dice el profundo reformador Platon, el aborto de las mujeres mayores de cuarenta años, porque esta edad no promete á su fruto una complexión bastante vigorosa.

Reemplacemos el matrimonio por la unión temporal voluntaria que permita obtener, mediante el cruzamiento de las razas, generaciones de calidad superior.

Hagamos que los hijos tengan un padre común en el Estado; que este se encargue de su lactancia hasta que su edad y educación les permita emanciparse de la sociedad, del sostenimiento de centros de enseñanza.

Que rota la familia se proceda, á la manera que en antiguos tiempos, al infanticidio de los de raquítica contestura y de los que por su naturaleza y complexión no sean á propósito para la procreación.

Que con la familia desaparezca la propiedad mueble é inmueble.

Que desaparezca, en fin, cuanto sirve de remora á la más pronta y absoluta *nivelación social*.

Demostrada esta conveniencia, comenzaremos en el próximo número á señalar á nuestros hermanos por donde debe comenzar la obra de la *demolición*.

Á LA PRENSA DE MADRID.

La aparición de Los DESCAMISADOS en el *rasstro* periodístico ha producido en nuestros *dig-nísimos* colegas de Madrid el efecto que desde luego esperábamos.

Era lógico. Comprendemos que nuestro aspecto, pobre y desastrado, es poco tranquilizador á la *simple* vista de ciertas encumbradas eminencias.

Los que agrupados en torno de la *gazeta del poder*, saboreaban con delicia su muy suspirado desayuno, volvieron un momento el *hocico* sin interrumpir su faena, para *gruñir* soezmente al que presintieron su enemigo; otros le saludaron con terror y volvieron la cara, no por no contemplarle, sino por no encontrarse con la mirada imponente y tranquila del recién llegado; otros se cubrieron el rostro con *La Correspondencia* para dejarle pasar; algunos le desconocieron, aun cuando tenían idea de haberle visto en alguna parte; alguno le conoció sin haberle tratado en su vida y se aventuró á salirle al encuentro para darle un consejo amistoso.

Nada diremos á *La Igualdad*, porque para ello nos sería preciso mojar la pluma en su inundo tintero y arrojarla después; nada diremos á la *La Gaceta Popular* en gracia del fiel retrato que de nosotros ha hecho; nada diremos al antiguo fiero *Combate*, porque como tiene la boca llena, no nos podría contestar y sentiríamos de todas veras un fracaso en su reputada elocuencia y bravura, únicamente se nos ocurre decir al público de éste, que nuestra presencia le ha causado el efecto que produce un amigo andrajoso en el recibimiento de un señor hecho en un instante: nada la diremos á *La Correspondencia*, porque á esa no hay quien la diga de buena fé cosa alguna sin los dos cuartos en la mano; nada diremos á *La Verdad*, porque tememos que nos copie y diga la *primera*; nada diremos á *La Epoca*, porque aunque por gracia general *regalan* á Los DESCAMISADOS guante y corbata blanca, confesamos francamente que nos faltan las prendas principales para dirigirnos á tan fatua señora; nada diremos á *El Gobierno*, en mérito á que nos confunde con un apreciable amigo de él y simpático amigo nuestro; nada diremos á *La Iberia*, porque en nuestras columnas no hay gaceta para poder contestarle dignamente; nada, por último, diremos á todos los demás diarios, chicos y grandes, rojos y negros, que han lanzado una exclamación á nuestra vista, porque... necesitamos la tinta para cosas de más importancia. Saludamos á *El Imparcial*, el menos tuerto en esta tierra de ciegos, y sin detenernos á darle la mano ni á escuchar su gracioso consejo, por sobrnarnos suficiente convicción y valentía, continuamos nuestra marcha triunfante entre víboras.

¿A dónde vamos? Alzaos para ver.

¿Quiénes somos? ¡Rubau Donadeu! ¿*Dos trasferidores*? ¡Eminencias! ¿*Vividores* en busca de camisa? ¡Descamisados de corbata blanca! Aguzad el ingenio, órganos de... Móstoles.

¿Os asusta nuestro programa? Pues limpiad los espejuelos y volvedle á leer.

Si somos papel, ¿por qué nos enlodais? Si somos papelucho, ¿por qué os ocupáis de nosotros? ¿Por qué nos dais importancia vosotros mismos?

¡Paso á los Los DESCAMISADOS! Si somos Satanás, estamos entre camaradas y á todas luces es injusta vuestra enemistad; si somos Cristo, dejadnos caminar con la frente erguida á nuestro Calvario.

¡Paso á Los DESCAMISADOS!

Un periodiquillo, nos dedica un artículo de menor cuantía que titula *Los Descamisados*, palabra que si no escatiza, en cambio no revela ingenio.

Rogamos al autor del artículo se pase por esta redacción para que nos explique lo que ha querido decir, y le aconsejamos no acometa empresas tan temerarias que pueden poner en peligro su razón.

Somos así. A los periódicos de importancia dos palabras; a los escritos en tonto, un suelto entero.

Una pregunta para concluir:

¿Quién habrá dicho a los vendedores que anuncien este periódico como continuación de Los Descamisados?

TRABUCAZOS.

Con sentimiento, con verdadero dolor nos vemos obligados a censurar a una persona que hasta hace poco merecía todas nuestras simpatías.

Hemos sufrido un triste desengaño, que ha venido a probarnos una vez más lo aventurado que es en los tiempos presentes, confiar en cualquier individuo de la burguesía, por más amigo nuestro que se llame.

Si, compañeros. El ciudadano Estebanez gobernador de Madrid, ha sido uno de los que con mayor saña ha perseguido nuestro periódico.

¿Quién lo hubiera creído! ¿Quién lo hubiera creído! El, tan amante del pueblo, él que a diferencia de otros charlatanes, no ha vacilado en lanzarse en Despeñaperros al frente de nuestros hermanos durante la última insurrección; él, que mereció las terribles censuras de todos los hombres de orden por sus heroicos actos no está en carácter, creáenos lealmente, denunciado periódicos y ahogando la libertad del pensamiento.

¡Un desengaño más y un amigo menos!

¡Resignación! ¡Resignación!

Estamos de enhorabuena. La anarquía comienza a abrirse paso entre la multitud oprimida y ante el magestuoso altar de las ennegrecidas creencias de nuestros hermanos, de infortunio jurado está el exterminio de los verdugos de la humanidad.

Un sentimiento de gran indignación ha resonado por todos ámbitos de la podredumbre social y los párias, las repugnantes capas sociales han despertado al mágico soplo de la nivelación absoluta y completa.

Si alguna duda pudiera caber de esta verdad a nuestros miserables opresores, el conmovedor espectáculo que ofrecía Madrid el pasado domingo les hará entender que ya está dado el primer paso.

Una numerosa manifestación de mujeres acaba de solicitar pacíficamente el indulto, «de todos los presos por delitos comunes que se hallan en los presidios y cárceles de España».

A tan santa demanda no es posible hacer comentarios; está inspirada por un sentimiento natural: vive escrita en el principio de igualdad que predomina en este siglo, y está justificada en los ofrecimientos de los que, predicadores ayer, tienen hoy la suerte de ser los encargados de dar nueva vida a la vida de esta sociedad.

El grupo manifestante representa una pequeña parte de la gran masa humana que gira bajo el peso del dolor y de la cadena; está identificado con el sufrimiento de aquellos seres, porque forman parte de su corazón, porque unos y otros son y somos la hez del pueblo, la canalla, los desheredados, las fieras.

¡Ah! traidores: el día de la reparación se acerca. O cumplís con vuestros deberes o nosotros nos encargaremos de hacéroslos cumplir.

Dice un diario de menor cuantía, a quien sin duda escuecen nuestras teorías: «El tipo de *El Descamisado* sería un conjunto monstruoso de hombre y de fiera».

En efecto, ciudadanos; ese es nuestro tipo: así se nos denominan por todos los poderes, así se nos distingue entre la burguesía; con ese nombre nos bautizan los uines acaparadores de la riqueza pública: ese tipo es el nuestro y el de nuestros hermanos los descamisados.

Os damos gracias por haber interpretado tan fielmente nuestras aspiraciones y dádonos un nombre que ni nos avergüenza ni nos deshonra.

Cada uno que ostente el suyo.

Algunas personas timoratas y santurronas se muestran injustamente alarmadas porque los barceloneses han tenido la graciosa ocurrencia de poner bigotes y patillas a algunos pedazos de leño, artísticamente labrados, llamados santos en la comedia y la religión católica.

Por poco se darman las beatas: tengan en cuenta que para dejar a esos santos conforme estaban, sería preciso hacerles la barba.

¡Horror!

Un ciudadano descamisado, de procedencia china, ha traducido del tágalo los siguientes monosílabos:

«Fi-Cas-Pi-Sor-Tu-Tau-Chao-Kao.»

Que equivale a la frase española:

«A río revuelto... echa la tuya en remojo.»

Cierto periódico de los de casa nos desea «hijas para... facilitar el sistema de PROMISCUIDAD.»

¡Qué fino! ¡Qué atento!

¡Qué buena educación!

La marea sube. Nuestras doctrinas penetran por todos los poros de la sociedad.

A la manera que los impugnadores de Galileo negaban el movimiento de la tierra sin comprender que eran arrastrados por ella, la autoridad nos perseguía hace unos días por las doctrinas expuestas en nuestro periódico, sin conocer que practicaba nuestros principios.

Nos explicaremos.

En el lenguaje corriente nuestros podíamos llamar todos los números del periódico, puesto que habíamos pagado una suma regular por el papel y por la impresión.

Cuando menos lo esperábamos, y al estar repartiéndolo a los vendedores los ejemplares de la segunda tirada, viene la autoridad y arrampla con todos los que quedaban en la imprenta.

Bien hecho. Eso es lo que nosotros predicamos.

Nosotros no consideramos nada nuestro exclusivamente.

Somos lógicos.

El gobernador de Gerona ha suprimido de la fórmula oficial la palabra *Dios*, estampado solamente la de *Viva V. muchos años*.

La supresión es verdaderamente divina y le aplaudiríamos por ella de todo corazón si en esta sublime inspiración no se nos antojase ver algo de despotismo.

«Pues qué, ¿no hay más que mandar vivir a un ciudadano? ¿Y si no quiere?»

Pero todo se puede conciliar arreglando la fórmula en cuestión del modo siguiente: *Viva el ciudadano todo el tiempo que guste*.

El *Times* inserta la siguiente carta circular que dice haber recibido en Madrid los representantes de Francia, Inglaterra y Alemania:

«Embajador: Vos y vuestro Gobierno conspiráis contra la República; por eso se os ha condenado a muerte y vuestras casas y las de los consules serán incendiadas.

Anarquía, liquidación social y colectivismo. Madrid 3 de Marzo de 1873.»

El petróleo que han producido los Estados Unidos durante el año 1871, consiste, según la última estadística, en cerca de 6.000.000 de barriles.

Según *La Correspondencia* los republicanos del barrio de San Bernardo de Sevilla se han reunido para redactar una exposición al presidente del Poder Ejecutivo pidiendo la destitución de Olózaga y recomendando para sustituirle a un tal *Pilongo*, maestro de instrucción primaria de dicho distrito.

Conocemos a *Pilongo* y sabemos que es un maestro entendido y persona dispuesta lo mismo para tomar un trabuco que para cualquier embajada.

Nuestra enhorabuena, ciudadano *Pilongo*.

La Prensa, en su número del día 1.º, da cuenta de la reunión internacionalista celebrada en el salón del Ramillete.

Entre otros no menos valientes párrafos, tomamos el siguiente:

«Un ciudadano, que dijo era comandante de un batallón federal, se expresó así: «De las Cortes nada bueno tenemos que esperar, ya lo veis, desde 1868; ya veis lo que sucede con el actual Gobierno; tienen sus compromisos y se olvidan de lo que defendían en la oposición y nos habían prometido. Destruído el ejército hoy entre Barcelona, Madrid y las mil asociaciones que tenemos en España la Commune, asesinada en París por un ejército cobarde ante los alemanes, va a renacer en España. La situación es nuestra en el terreno de la fuerza. Yo mismo he obtenido ya una parte de un ministerio para el uso público: cada uno elija un edificio o fincas que le convengan; nada de elegir diputados a Cortes, que eso es una engaño y no cumplen nada de lo que prometen; trabajadores: el asunto es proveer de muchos paquetes de cartuchos, que armas ese necio Gobierno actual bastantes tiene dadas ya al pueblo, y no tiene elementos de resistencia.»

¡Bravo hermano descamisado!

Adelante, adelante, adelante.—Despeguemos el nebuloso horizonte con que quiere cegarnos.

Nada de treguas, nada de vacilaciones.

Destruyamos, para edificar después con más sólidos cimientos y más provechosos resultados.

Esta Semana Santa es preciso que visitemos las iglesias.

Si las lágrimas de la Dolorosa de Sevilla están tasadas en dos mil duros, ¿en cuanto se atreve a tasar la clérigalla las lágrimas de mi madre?

El anterior pensamiento es de un estúpido.

El día que hayamos destruido la familia, le contestaremos que las lágrimas de una madre, igual que las de otra cualquiera mujer, no son más que una secreción natural, no más que agua sucia y repugnante.

En Barcelona han adelantado nuestros hermanos el día de la visita a los templos. ¡Oh impaciencia!

Los hipócritas y las beatas parece que están un tanto asustadas. ¿Por qué? Convertidas las iglesias en cuarteles estarán libres de nuestros ataques.

Vuestro Dios que todo lo vé, lo mismo le importará que las armas brillen francamente a la luz de las lámparas, que se oculten bajo las sotas y se escondan entre los cirios.

Somos enemigos de las hipocresías.

Las iglesias son centros de inmoralidad y de engaño.

Testigos mudos, pero elocuentes, las sacristías y los confesonarios.

La virtud es la hipocresía del vicio.

El vicio para nosotros es el lujo.

Un ciudadano, estudiante de medicina, nos ha remitido, á la vez que su saludo amistoso, un trabajo de indisputable mérito, y en consonancia con nuestras ideas. Agradecemos los elogios del anónimo autor, sintiendo que la falta de espacio nos prive de insertar su artículo.

Otro día será, amigo descamisado.

Dicen, pero lo contamos en confianza, sin que demos crédito á la noticia, que algunos números de los que llevaron al Gobierno civil, han aparecido en los bolsillos de algunos amarillos.

Esto indudablemente es falso; pero de todos modos, averigua la verdad, ciudadano Estebanez.

Que no te la peguen y contribuyan á dar publicidad al número denunciado los mismos agentes de tu autoridad.

¿Lo veis? Nuestras doctrinas. La autoridad á nosotros y á ella sus agentes.

Esto entusiasmo.

El ciudadano Rispa se ha creído ofendido por un suelto de nuestro número anterior.

Ha hecho mal.

A querer atacarle, lo hubiéramos hecho franca y descaradamente como acostumbramos.

Quien llama á Dios *espantajo* no han de meterle miedo los hombres.

Quede tu honra, ciudadano, en el lugar que merece.

¿Recordais los dos últimos versos del soneto con que concluía el número anterior.

«Pero ¡fuego de Dios! lo que más quiero

Es ver ahorcar de un palo á mi casero?»

Pues bien; el agraciado será una persona que antes de salir nuestro periódico principió á perseguirle, bajo el pretexto de que los vendedores alborotaban en el portal de su casa.

Nota. Vamos á cambiar de domicilio.

Bien por el gobernador de Cádiz. Merece todas nuestras simpatías.

Eso es, duro con las monjas. Que contribuyan á dar ciudadanos á la patria, como mujeres que son.

La clausura de los conventos es una medida que reclama el progreso de la época. Centros de holganza, focos de conspiraciones, hervideros de pequeñas intrigas, sentinas donde reinan la crápula y el escándalo, no pueden ser consentidos por los que, como nosotros, aspiran á regenerar el mundo.

Este acto del ciudadano gobernador de Cádiz le coloca á una altura extraordinaria.

Pero no es esto solo. Al tener noticia las señoras de la población de tan gran pensamiento, nombraron una comisión de entre ellas para que tratase de conquistar al gobernador, á fin de que desistiese de su idea.

Este enérgico ciudadano se negó rotundamente á concederlas la audiencia que solicitaban, recibiendo en cambio con la mayor amabilidad y agrado á las ciudadanas que fueron en manifestación pidiendo la exclaustración de las monjas.

Tiempo es ya de que se nos vaya haciendo justicia.

Cuando veo los coches de nuestros opresores digo para mí:

«Quién fuera caballo de esos ciudadanos para abrigarme con tan ricas mantas y estar tan perfectamente alimentado.»

Los escaparates de las grandes tiendas con-

tituyen un insulto permanente para los descamisados.

Este sublime pensamiento le vimos en Ceuta de labios de un infeliz condenado por robar una langosta.

Indudablemente tiene su filosofía.

Considerad un pobre descamisado, que lleva sin comer veinte ó mas horas y que ve á través de un limpio cristal mil manjares á cual mas succulentos y en una forma agradable al estómago mas exigente.

¡Qué suplicio no supone tal contemplación! Dante se olvidó de este tormento al escribir su *Infierno*.

Es un héroe el que no rompe el débil cristal y satisface la necesidad que trata de su cerebro y debilita sus fuerzas.

¡Qué reflexiones podríamos hacer sobre este punto; pero nos contentaremos en decir:

El día de la reparación está próximo.

Un general ha decretado lo hace mucho tiempo la vuelta al servicio de todos los militares procesados por cualquier dase de delitos; esto es, políticos ó comunes.

S. E. estuvo acertadísimo, y con pocos de estos ejemplos habremos conseguido: primero borrar del Diccionario la palabra *delito*, mal sonante en nuestra cadenciosa lengua, y despues acostumbrarnos á no distinguir de colores.

Los delitos políticos y comunes envuelven la misma pequeña gravedad.

Entre el que mata cubierto con la máscara de la política y el que asesina por reivindicar un objeto cualquiera, no cabe la diferencia.

Todos iguales.

Si los curas católicos excitan nuestro sistema nervioso, los protestantes nos hacen reír.

Todos son lobos de una misma camada. Su objeto es engañar para comer, y su fin comer y no trabajar.

Al oír sus sermones llega hasta parecer verosímil el que hablase la burra de Balaam.

Son la cizaña de la sociedad.

El bien público exige estipar tan venenosa semilla.

Es preciso poner en práctica lo que Garibaldi pensaba hacer con los de Roma. Esto es:

«Cojerlos por las piernas y nachacarles la cabeza contra los adoquines de las calles.»

¿Qué os parece el sistema?

De seguro que á algunos pobres de espíritu les habrá parecido sobrado enérgico.

Desde aquí hemos visto santiguarse á alguna vieja beata y hasta hemos oído la exclamación que con el *habano* en la boca y la copa de *fine champagne* delante ha lanzado más de un rico conservador de esos que igual gastan su dinero en un traje para su querida que en un manto para la Virgen de la Soledad.

No hay que asustarse, ciudadanos, que no se trata de cosas nunca vistas.

En 1834 se empleó un medio parecido al nuestro para exterminar á los holgazanes de los conventos. Y si no recordamos mal, el Gobierno que á la sazón había no pecaba de revolucionario, antes por el contrario, se componía de la nata y flor de la aristocracia de la sangre y del talento.

Acordados de su almirado presidente, Martínez de la Rosa, el cual, si no lo consintió, tampoco se opuso, á pesar de las fuerzas con que contaba.

Hizo perfectamente.

Tenemos entendido que este domingo se reproducirá la manifestación pacífica pidiendo la destitución de las diputaciones y ayuntamientos de procedencia monárquica.

No nos parece mal el recuerdo; lo que nos extraña es que en estos períodos de natural excitación, y dada la proverbial energía de los manifestantes, quiera hacerse pacíficamente.

¡Somos tan amantes de las grandes emociones!

Hoy principia la semana de las grandes farasas. En estos días da la Iglesia sus funciones extraordinarias, para las cuales no escasea gasto alguno, á fin de presentar el espectáculo con todo el aparato que su argumento requiere.

Se pintan decoraciones vistosas, se compran antiguas armaduras y se ensayan sin descanso los coros y las sinfonías.

Este año, sin embargo, la *mise en scene* no podrá ser tan suntuosa como en otras épocas con motivo de la insurrección carlista.

Porque es indudable, en los cepillos de las ánimas sucede lo mismo que en la caja de cualquier comerciante: duro que se saca, ya no está allí.

Dinero que se gasta en salvas, no puede emplearse en otra cosa.

Al buen entendedor...

Cree Milton, que matar un hombre es matar una criatura razonable; matar un libro es matar la razón, es matar la inmortalidad, que es más que la vida. Con frecuencia las revoluciones de las edades no hallan la verdad, y por esta falta naciones enteras sufren eternamente.

Milton era ciego y el que es ciego no ve.

Matar un hombre y un libro y muchos hombres y muchos libros, es tan necesario como arrojar de una cesta de manzanas buenas dos ó tres ó las que haya podridas.

Cuando consigamos nosotros exterminar á la burguesía y quemar todos los libretos con que la religión ha venido sujetándonos, podría ver el ciudadano Milton como nuestra revolución ha encontrado la verdad.

La sociedad debe podarse de vez en cuando para que, como los árboles, pueda crecer más vigorosa.

La belleza de las teorías ha muerto.

Un ciudadano decía en la última reunión internacionalista: «queremos unírnos á la Internacional, á los restos de la Commune. No queremos el teocrático, ni nada de la clase militar, ni el propietario; queremos el comunismo, y esa es la Internacional. Pero para llegar á esto, elijamos diputados obreros, y si ellos no consiguen, acudamos á las armas, pues destruido el ejército no habrá más fuerza que nuestros fusiles. No queremos pagar casero, ni á los explotadores: ellos que nos paguen nuestro trabajo.»

Esto mismo quieren todas las clases oprimidas: esto mismo está dentro de nuestros principios. Eso es lo que queremos los descamisados.

Todo para todos.

La unión constituye la fuerza. Unámonos.

La fuerza es la razón.

¡Que la fuerza sea el Dios que nos ilumine!

¡EXTERMINIO!!

¡Nivelación social! Rota la valla

No más ricos habrá, no más ladrones;

Partiremos sus bienes, sus millones,

Cuando llegue su hora á la canalla.

Una vez empuñada la batalla

vinageras, patenas y copones

y otros trebejos, dentro los cañones

servirán de mortífera metralla.

Temblad, temblad, burgueses avarientos;

Al ronco grito de sangrienta guerra,

Vereis arder parroquias y conventos;

Pues mal que os pese brotará la tierra

Manantiales de nitroglicerina.

¿No es cierto, ciudadana Guillermina? O...

MADRID—1873.

IMPRESA DE FOLGUERA.

Fomento, 18.